



Algunos signos en nosotros de que Cristo ha resucitado

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

San Ignacio (E.E. nº 223) dice: *«considerar como la Divinidad, que parecía esconderse en la Pasión, aparece y se muestra ahora tan milagrosamente en la Resurrección, por los verdaderos efectos de ella».*

En las cartas de San Pablo, el término *«resurrección»* no se refiere solo a lo que sucedió con Jesús en la noche de Pascua, ni solo a lo que esperan los creyentes después de su muerte. La Resurrección no solamente es el ayer de Jesús y el mañana de nosotros. Es el hoy, y da todo su sentido a nuestra vida diaria. Siendo así las cosas, bien se puede decir que, desde ahora, podemos experimentar algo de la Resurrección. El Apóstol dice que los creyentes han resucitado ya. *«Dios nos ha hecho revivir con Cristo y hemos resucitado con Él»* (EF 2,5). La vida espiritual nos conduce a ser más interiores, nos hace salir de nosotros mismos, nos libera de nuestras dificultades personales, y abre nuestro corazón a Dios y a los hermanos, de manera más espiritual. Y esto se nota, si hay experiencia de sentir a Cristo vivo, en nuestra vida. Debemos cuidarlo, como dice la Santa.

«Y hasta que entendáis muy de veras que le tenéis, es menester andar siempre con mucho, mucho cuidado, y apartarnos de todas las ocasiones y compañías que no nos ayuden a llegarnos más a Dios» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 41,4).

Si nuestra fe funciona bien, nos lo dice nuestra vida diaria, porque somos hermanos de Cristo, testigos del Resucitado que vive entre nosotros, y participamos en su misma vida. Al experimentarlo tiene que cambiar nuestra forma de vivir y reflejarse en alegría, paz, amor. Cristo ha resucitado y está dando un sentido especial, distinto a nuestra vida, a todos nuestros sentimientos, ideas, comportamiento, etc.

a) Se vive con más alegría: *«Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo»* (Sal 117). Este es el salmo que la Iglesia canta en la mañana de la Resurrección. Es motivo de alegría, porque a Cristo, que hemos visto sufrir en su pasión, morir en la cruz, y enterrado en un sepulcro, si le amamos de verdad, saber que ha resucitado para no morir más, y vivir para siempre glorioso, nos llena de alegría, y alegría real, no falsa. Benedicto XVI: *«"Estad siempre alegres." (Flp 4,4). No se puede ordenar la alegría. Sólo se la puede dar. El Señor resucitado nos da la alegría: la verdadera vida»*¹. La que experimentó la Santa.

«Si estáis alegre, miradle resucitado; que sólo imaginar cómo salió del sepulcro os alegrará. ¡Con qué claridad y con qué hermosura salió!; ¡con qué majestad, qué victorioso, qué alegre! Como el que venció en la batalla... que todo lo quiere para vos, junto con Él» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 26,4).

Los discípulos tenían gran motivo para ello, porque el Señor les dice: *«Alegraos, no tengáis miedo»* (Lc 24,38). Y esto da alegría a quienes ya saben que no les va a dejar nunca a lo largo de su vida. «Yo

¹ BENEDICTO XVI, Homilía en la Vigilia Pascual, 3-IV-2010.



estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Hay que morir a nuestras tristezas y amarguras, aunque haya muchos sufrimientos en el mundo, y en nosotros. Pero es obligación nuestra sembrar la alegría de la Resurrección a los que viven tristes.

Que hagamos nuestro aquel saludo y, en esta meditación de la Resurrección del Señor, digamos con los ojos si no es posible con la boca a todos los que Dios ponga en nuestro camino: «¡Alegría mía, Cristo ha resucitado!». Dice San Pablo: «*Estad siempre alegres, os lo repito*» (Fil 4,4). Alegría de vivir por encontrar sentido a nuestra vida, que es la salida al dolor, a la enfermedad, a la muerte.

San Ignacio (E.E. nº 223) dice: «*pedir lo que quiero; pedir gracia para alegrarme y gozarme intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor*».

b) Se vive una vida nueva, más espiritual: Ya que hemos resucitado con el Señor, estamos llamados a «*Buscar los bienes de allá arriba*» (Gál 3,1). Hay que dejar atrás el hombre viejo, egoísta, soberbio, orgulloso, rencoroso, etc., y dar paso al hombre nuevo, santo, imagen y semejanza de Dios. En la Resurrección todo cambia, dolor, clavos, espinas, insultos, desprecios, sangre, tinieblas, etc. pasa a ser luz, agua, flores, alegría de alabanza, de gloria, de Pascua, ... Tenemos que reconocer en nuestras vidas al Dios de la vida y no de la muerte. La luz del Cirio Pascual que ilumina nuestro fondo oscuro, para que vivamos la vida con claridad, y ser los que iluminemos a todos los hombres que nos rodean, «*Luz del mundo*». Con buen ejemplo, buenas palabras. Siendo luz en el camino de los que están en el error, viviendo una vida nueva que se note; cambiando el corazón de piedra por corazón de carne, que siente a Dios y a sus hermanos, con los deseos que expresa esta oración atribuida a San Francisco de Asís. «*Señor haz de mí un instrumento de tu paz: / Donde haya odio, ponga yo amor; / donde haya ofensa, ponga yo perdón; / donde haya discordia, ponga yo armonía; / donde haya error, ponga yo verdad; / donde haya duda, ponga yo fe; / donde haya desesperación, ponga yo esperanza; / donde haya tinieblas, ponga yo luz; / donde haya tristeza, ponga yo alegría; / Que no me empeñe tanto / en ser consolado, como en consolar; / en ser comprendido, como en comprender; / en ser amado, como en amar: / porque dando, se recibe; / olvidando, se encuentra; / perdonando, se es perdonado; / muriendo, se resucita a la vida*».

Unidos a Cristo resucitado, tenemos que esforzarnos por vivir la misma vida que Él, si no, es un contrasentido seguir como hombre viejo, que se preocupa de las cosas terrenas. El hombre nuevo, busca las del cielo, y relativiza las de la tierra. Dice la Santa que hay gozo en pensar esto.

«Y de pensar la gloria que esperamos y el amor que el Señor nos tuvo y su resurrección, muévenos a gozo que ni es del todo espiritual ni sensual, sino gozo virtuoso» (Vida 22,1).

c) Se vive una vida con más paz: Este es el deseo de Jesús, y así lo expresa al aparecerse resucitado: «*Paz a vosotros*» (Jn 20,19). Y así lo pudieron experimentar los que lo vieron. María Magdalena lloró, buscó, encontró a su Señor, y se llenó de paz. Pedro y Juan, que corrieron al sepulcro y no lo encontraron, al verlo en el Cenáculo, se llenaron de paz. Los discípulos de Emaús estaban tristes y sin esperanza, al reconocerlo se llenaron de paz. Tomás, que dudó hasta el final, y se lo demostró el mismo Jesús, al reconocerlo, se llenó de paz. Y así todos los apóstoles, y discípulos que le reconocieron resucitado, se llenaron de paz. Lo cuenta la Santa.



«Aparécese el Señor en este centro del alma, como se apareció a los Apóstoles sin entrar por la puerta, cuando les dijo: "Paz a vosotros". Es un secreto tan grande y una merced tan subida lo que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé a qué lo comparar» (7Moradas 2,3).

Jesús siempre pone en nuestra vida la paz que a veces parece ya perdida, como los apóstoles en el Cenáculo, con las puertas cerradas por miedo. Jesús quiere que seamos testigos y pregoneros de ella, en este mundo tan sediento. La paz nos tiene que llevar a dominarnos, a sacar la dulzura, la caridad, sin violencia, sin brusquedades, ni palabras hirientes, que es la señal del Resucitado, y que quiere que sea la nuestra.

d) Se vive una vida con más amor: Experimentar que Cristo muere y resucita porque nos ama nos hace sentirnos amados por Él. Así tenemos que vivirlo con los demás. Hay que examinarnos, si no sentimos deseos de perdonar, de amar a los demás como Cristo nos ama a nosotros, con gestos, servicialidad, cariño, siendo menos egoístas, envidiosos,

«Importa tanto este amor de unas con otras, que nunca querría que se os olvidase; porque de andar mirando en las otras unas naderías, que a las veces no será imperfección, sino, como sabemos poco, quizá lo echaremos a la peor parte, puede el alma perder la paz y aun inquietar la de las otras» (1Moradas 2,18).

Amor, porque la esperanza en nuestra feliz resurrección, nos hace estar atentos al examen final, que será del amor.

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!